

Esta fué la batalla de Varsovia, en la cual 18,000 suecos y brandeburgueses atacaron, derrotaron y dispersaron un quintuple ejército de polacos, lituanos y tártaros situado en posiciones bien fortificadas y perfectamente dispuestas para defenderse con el mejor éxito. El gran capitán, el rey de Suecia, que dirigió esta batalla, era un príncipe alemán y á sus órdenes combatían muchos príncipes alemanes, como Juan Jorge de Anhalt-Dessau, el duque Carlos de Mecklenburgo, los marqueses Federico y Carlos Magnus de Baden y otros; gran parte de su ejército consistía, despues de los regimientos compuestos de naturales de Suecia, de soldados enganchados en Alemania (1).

Si á estos se agregan las tropas brandeburguesas, bien podrá decirse con bastante seguridad que el ejército aliado en la batalla de Varsovia se componía muy probablemente en su gran mayoría de soldados alemanes.

Formaban la mitad del ejército victorioso las tropas del elector Federico Guillermo de Brandeburgo, que merecen la mitad de la gloria. El príncipe y su ejército libraron entonces su primera batalla y ambos salieron brillantemente de la prueba. Verdad es que la dirección superior de la campaña y de la batalla pertenecía al rey de Suecia; pero el elector de Brandeburgo obró en su posición con la mas completa independencia y los brandeburgueses con su soberano contribuyeron tanto como los suecos al buen éxito de la batalla, ya por su actitud impertérrita en el segundo día, ya por su conducta en los puntos decisivos en el tercer día de la lucha (2).

Fué la batalla de Varsovia la primera batalla campal en la cual ha figurado un ejército brandeburgués considerable; y de esta batalla arranca la historia militar de la Prusia, por cuya razón merecía que aquí se tratase de una manera algo detallada.

No siempre corresponde el lustre de una batalla ganada á la importancia y duración de sus efectos políticos; la fama y la gloria de los tres días de batalla resonaron muy lejos, pero no tuvieron consecuencias decisivas ni trascendentales para la marcha de los sucesos. En el teatro de la guerra, fué para Gustavo Adolfo mayor la gloria que el fruto, dice Pufendorf en su *Historia de Suecia*. El ejército polaco derrotado y dispersado no estaba aniquilado, y algunas semanas despues del descalabro, el rey Juan Casimiro volvió á tener reunida una fuerza considerable y se aprestó para marchar á la Prusia occidental con objeto de socorrer á Dantzig, mientras el ejército lituano, mandado por Gousiewski, al cual se agregaron fuerzas tártaras, fué enviado á la Lituania y amenazaba al ducado de Prusia. Los embajadores franceses Lumbrés y Avaugour hicieron, con el asentimiento del rey Carlos Gustavo, una nueva tentativa de mediación pacífica entre la Suecia y la Polonia; pero fracasaron completamente, y los peligros crecieron por todos lados alrededor del rey de Suecia y de su aliado. Los moscovitas continuaban su ataque decidido contra las provincias bálticas; la Ingermania se hallaba inundada de fuerzas rusas; la Finlandia estaba ame-

(1) Segun Riese, que se apoya en fuentes de los archivos suecos, dice que en los ejércitos de Carlos Gustavo llevados á Polonia en 1655 habia de 15,000 á 16,000 alemanes tomados á sueldo; al mismo tiempo continuó el enganche en Alemania, y se enviaron refuerzos á Polonia principalmente desde el centro de enganche, que era el ducado de Bremen. Además de los alemanes habia tambien ingleses, escoceses, etc., en los ejércitos suecos, pero el número de estos era muy inferior al de los alemanes.

(2) Es menester insistir en este juicio, que es el resultado de todas las investigaciones modernas, porque Carlson, en su *Historia de Suecia*, pone en duda la parte mas esencial del mérito que corresponde al elector de Brandeburgo.

nazada, y el czar Alejo llevó personalmente el grueso de sus fuerzas á Livonia, donde la escasísima fuerza sueca no pudo ni pensar en oponerse en campo abierto, limitándose á defender las mas importantes plazas fuertes. Los rusos tomaron á la primera embestida á Düna y en seguida á Kockenhusen; y á fines de agosto de 1656 el czar dió principio al sitio de Riga, cuya empresa acompañó con grandes proyectos, diciendo que si solo tuviese un puerto construiría tantos buques que haría frente á todas las escuadras que hubiera en el Báltico. El embajador ruso Bogdanoff pidió en Königsberg al elector Federico Guillermo con altanera insistencia que solicitara para su ducado de Prusia la protección poderosa de su soberano (3). Si entonces hubiese caído Riga en manos de la Rusia, habria cambiado probablemente la faz política del Norte; pero lo mismo que en la batalla de Varsovia, el superior arte militar del Occidente venció á la barbarie semi-asiática. El sitio de Riga mal dirigido fracasó; el general sueco de la Gardie se sostuvo con su pequeña guarnición y seis semanas despues abandonó el czar su propósito y condujo á mediados de octubre su ejército á otra parte. A los pocos días tuvo que rendirse la ciudad de Dorpat á los rusos, que se apoderaron de la mayor parte de la Livonia y la asolaron como era de esperar segun su costumbre.

Al cabo de mucho vacilar el gobierno de los Países-Bajos resolvió enviar una escuadra al Báltico, y bajo el mando del almirante Opdam llegaron cuarenta y ocho buques de guerra holandeses á la rada de Dantzig. Apoyado el gobierno holandés en esta formidable armada pidió un tratado que asegurara los intereses de su comercio en el Báltico y la libertad de Dantzig, en la cual insistía principalmente la política holandesa. Carlos Gustavo se vió en la dura alternativa de romper completamente con la Holanda ó de renunciar á la posesión de Dantzig, sin la cual no podia pensar en enseñorearse completamente de las costas prusianas. No habia eleccion posible, y por lo mismo renunció á la continuación del sitio de Dantzig y despues de largas y difíciles negociaciones firmó en 11 de setiembre de 1656 en Elbing un tratado de comercio con la Holanda que daba á ésta todas las garantías imaginables contra las extorsiones y abusos de los recaudadores de los tributos y derechos cobrados por la Suecia (4).

Con esto quedaron acallados los mercaderes holandeses y no habia que temer de ellos hostilidades abiertas. El tratado de Elbing produjo tambien por consecuencia que la corte de Dinamarca renunciara al proyecto que habia formado de hacer la guerra en union de la Holanda á la Suecia; pero á pesar de esto, la intencion de hacer armas contra la Suecia se habia revelado á las claras.

Por otra parte no pudo dudar Carlos Gustavo de las malas intenciones del gabinete imperial de Viena, al cual habia ofendido rechazando en términos rudos sus ofrecimientos de mediación. Verdad es que al emperador Fernando, que se iba haciendo viejo, repugnaba entrar en una nueva guerra antes que hubiese asegurado la eleccion de su hijo Leopoldo como rey de romanos, y acaso le gustó que el impetuoso rey de Suecia se viera detenido por algun tiempo en Polonia sin lograr ningun resultado decisivo, porque entretanto no habia

(3) Véase en *Notas y actas*, tomo VIII, pág. 22, lo que se sabe sobre esta pretension rusa; á juzgar por los documentos no se trató de una proposición oficial del czar, sino probablemente de un ensayo del embajador presentado con la mayor insolencia, pero que fué rechazado y no tuvo consecuencias diplomáticas, tanto menos cuanto que el czar levantó poco despues el sitio de Riga. Sin embargo, no por esto dejó de causar grande impresion la conducta del embajador ruso, como se ve en Pribram en la *Relacion de Lisola*, pág. 205.

(4) Este tratado se encuentra como apéndice en la obra de Pufendorf: *Carlos Gustavo*, pág. 11; Dumont: *Corps. univ.*, tomo VI, páginas 2 y 147.

que temerle ni en el imperio ni en los Estados hereditarios de la casa de Austria. Mas la batalla de Varsovia sembró el espanto en la corte de Viena, porque no se sabia cómo contestar ya á las súplicas de auxilio del rey de Polonia, y en efecto, despues de largas negociaciones se firmó el 1.º de diciembre de 1656 un tratado de alianza austro-polaco, que si bien colocó en primer término la mediación de paz del emperador tocante á la Suecia, el Brandeburgo y la Rusia, tambien prometió un cuerpo auxiliar de 4,000 hombres. Era este un pri-

mer paso semi-agresivo del gabinete de Viena; era como una piedra medio desprendida que cualquier momento podria desprenderse del todo y bajar rodando.

Hasta de la misma Suecia llegaron noticias ominosas. El descontento era general en el país, y hubo movimientos contra el gobierno instituido por el rey. Este veía ya llegar la necesidad de regresar por algun tiempo á Estokolmo; pero por necesaria que le pareciese su presencia en Suecia, le era tambien imposible abandonar por entonces el teatro de la



Federico III, rey de Dinamarca

guerra. En esta situación envió á Suecia la orden de acallar por lo menos las quejas de la nobleza y de los oficiales, y proceder con mas lentitud á la anulacion de las cesiones de bienes de la corona, que habia empezado ya. Tanto era el apuro del rey que quitó á la corona y al Estado su mejor y mas legítimo recurso por consideracion al egoismo de los nobles territoriales (1).

Por todos lados adonde dirigia Carlos Gustavo su mirada no veía mas que hostilidad abierta, ú oculta, y dificultades mas ó menos inmediatas. Habia ganado una victoria brillante cerca de Varsovia; pero su situación y la de su aliado brandeburgués era la de una penosa defensiva. De las grandes potencias, solo Francia é Inglaterra mostraron disposiciones amistosas para el rey de Suecia, pero de ninguna de ellas podia esperar apoyo material.

En esta situación no habia para Carlos Gustavo otra posibilidad de llevar adelante su atrevida empresa en Polonia mas que su alianza con el elector de Brandeburgo; pues segun datos procedentes de fuentes suecas, en el otoño de 1656 su

propia fuerza armada habia quedado reducida á 12,000 hombres (2).

Tambien en este ejército hubo indicios de disgusto contra el rey, porque el elector, para responder á las parciales relaciones suecas referentes á la victoria alcanzada en comun, hizo publicar en el Haya una relacion redactada por él mismo de la batalla de Varsovia, destinada á hacer justicia á las armas brandeburguesas (3). Por lo pronto, sin embargo, se vieron forzados los dos soberanos á continuar siendo amigos, si bien no podian ocultarse que muy poco se habia realizado de las grandes esperanzas con las cuales habian firmado la alianza de Marienburgo. No se habia hecho nada todavía respecto de los cuatro vaivodazgos de la Gran Polonia que debia recibir el elector. Este trató entonces de hacer efectiva su adquisicion; envió algunas tropas para ocupar las plazas

(2) Así lo escribió en 15 de setiembre de 1657 el embajador austriaco Lisola.

(3) Droysen dice en su descripción de la batalla de Varsovia, página 354, que al decir de Lisola le gustaba al elector referir en conversaciones particulares cosas de la batalla, con el ardor de un principiante.

(1) Carlson: *Historia de Suecia*, tomo IV, págs. 157 y 214.

mas importantes del país y el consejero Bonin recibió orden de tomar formalmente posesión de aquellos territorios y de organizar su administración; pero esta satisfacción duró solo algunas semanas, porque cuando en octubre el rey Juan Casimiro atravesó la Gran Polonia para dirigirse a la Prusia occidental, el país se declaró a su favor y pudo recuperar fácilmente la mayor parte de las plazas ocupadas por su adversario. El mismo delegado brandeburgués, Bonin, cayó prisionero de los polacos. Desde el principio de las complicaciones políticas en el Norte el gabinete brandeburgués había tenido la idea de ensanchar el poder del elector por el lado de la Gran Polonia; pero la experiencia probó cada día más que para esto no bastaban ni sus propias fuerzas ni el auxilio de su aliado sueco, y al contrario, le costó mucho trabajo proteger medianamente las fronteras antiguas.

El elector, negándose por lo pronto a nuevas operaciones ofensivas, se retiró pocas semanas después de la batalla de Varsovia con el grueso de su ejército al ducado de Prusia, mientras Carlos Gustavo se acantonó en la Prusia occidental. Contra ambos marchó en octubre el nuevo ejército polaco. Desde la Lituania marchaba sobre el ducado de Prusia el general Gousiewski con los contingentes de los inmediatos vaivodazgos reforzados con numerosas hordas tártaras. El conde Jorge Federico de Waldeck, apostado en la comarca de Johannisburg con una parte del ejército brandeburgués reforzada con algunos regimientos suecos, sufrió en 8 de octubre una sensible derrota cerca de Protzko, á consecuencia de la cual los lituanos y tártaros se extendieron por el país indefenso fronterizo pasándolo todo a sangre y fuego y amenazando hasta la capital Königsberg. Dos semanas después, habiendo recibido Waldeck refuerzos y habiéndose unido con él, después de bastantes vacilaciones, el general sueco Stenbock, acantonado cerca de allí, los dos generales atacaron al enemigo y en 22 de octubre fué completamente derrotado Gousiewski cerca de Philippowo y rechazado hasta lejos de la frontera prusiana; pero los tártaros continuaron durante muchos meses haciendo sus incursiones asoladoras en los distritos fronterizos prusianos sin que fuese posible obligarles á aceptar una batalla.

Al propio tiempo avanzó el rey Juan Casimiro hasta la Prusia occidental y la Pomerelia, sin que Carlos Gustavo pudiese detenerle. Así se perdió la Gran Polonia; las fuerzas polacas extendieron sus excursiones devastadoras hasta la Neumark y la Pomerania oriental, y el 15 de noviembre el rey Juan Casimiro entró triunfante en la ciudad de Dantzic. Esta ciudad alemana había sido en la costa de Prusia el centinela avanzado del rey de Polonia, y desde que éste se hallaba con su ejército en Dantzic y en las bocas del Vístula resultaba seriamente comprometida la conquista sueca de la Prusia occidental. Muchos consideraron próximo el fin de la invasión sueca, tanto más cuanto que justamente entonces se había firmado por la mediación del emperador una tregua entre la Polonia y la Rusia, tregua que exponía al rey de Suecia á que se dirigiera contra él el czar con todas sus fuerzas. En Dantzic corrieron muchas coplas que se burlaban del rey de Suecia, que no sabía en su desesperación á quién acudir en busca de socorro.

La realidad era que Carlos Gustavo procuraba que no le faltase la alianza del brandeburgués por lo menos, pues no faltaban instancias, promesas y amenazas al elector Federico Guillermo para que dejara á su aliado sueco y se reconciliara con la Polonia. En el mismo ducado de Prusia crecieron de día en día el descontento y las quejas provocadas por las calamidades de la guerra. Entre la nobleza díscola y de simpatías polacas, á cuya cabeza estaba el intrigante teniente coronel Kalckstein, se fraguaron ya proyectos traidores, si

bien muy ocultos, asegurando uno de los conjurados al embajador austriaco, Lisola, que todo estaba preparado para dar el golpe, dinero, caballos y armas; que la capital Königsberg estaba dispuesta á seguir el movimiento, y que tan pronto como se aproximara á la frontera del ducado un ejército imperial estallarían la sublevación (1). También la esposa del elector Luisa Enriqueta desaprobó públicamente la continuación de la guerra, tratando de inducir á su esposo á que se entendiese pacíficamente con la Polonia, y hasta se decía que pensaba retirarse á Holanda si continuaba la guerra en Prusia (2).

Tales como estaban las cosas, no podía esperar el elector condiciones de paz aceptables de los polacos, si bien no era opuesto á entrar en negociaciones, á pesar de la seguridad de no lograr ni la soberanía en el ducado de Prusia ni la conservación del obispado de Warmia; por manera que se vió impulsado á aprovechar la situación angustiosa de su aliado para conseguir para sí las mayores ventajas.

La alianza de Marienburgo no había dado ninguna ventaja positiva al elector, á no ser que se considere como tal la conciencia de su valor militar, que le había dado la batalla de Varsovia; porque el esperado aumento territorial en la Gran Polonia podía considerarse entonces ya irrealizable, y respecto de la protección de su ducado de Prusia había que contar casi exclusivamente con sus propias fuerzas. En estas circunstancias no tenía ya razón de ser la pretensión del rey de Suecia de considerar el ducado de Prusia como un feudo sueco, y al elector de Brandeburgo como vasallo suyo. En vista de esto, decidióse el elector á poner en claro la nueva situación y á recabar del rey de Suecia el reconocimiento de su dignidad soberana en el ducado de Prusia.

En setiembre de 1656 comenzó, pues, á entablar las negociaciones respecto de este punto, mientras Carlos Gustavo veía la ciudad de Riga sitiada por los rusos, y al rey Juan Casimiro á punto de atacar á la Prusia occidental, con lo cual la situación militar general sueca se iba empeorando de semana en semana. El orgullo del soberano sueco y de su canciller Oxenstjerna se resistió cuanto pudo á las exigencias energicas é inflexibles de su aliado y vasallo, y repetidas veces estuvieron á punto de romperse las negociaciones; pero el brandeburgués había escogido bien el momento, pues Carlos Gustavo de ningún modo podía descontentar á su aliado, que estaba solicitado por todos lados, principalmente por el embajador austriaco, el infatigable Lisola, para que dejara la alianza sueca. En estas circunstancias, el 2 de noviembre falleció en Frauenburgo el canciller sueco, que tenazmente se había opuesto á toda concesión en la cuestión de soberanía; en 15 del mismo mes entró el rey Juan Casimiro en Dantzic, con lo cual quedó vencida la última resistencia del gabinete sueco, y en 20 de noviembre de 1656 fué firmado en Labiau el tratado trascendental por el cual el rey de Suecia declaró anulado el pacto que diez meses antes había obligado al elector á reconocerse feudatario suyo. Carlos Gustavo reconoció solemnemente la soberanía del elector en el ducado de Prusia y en el principado de Warmia, en el cual, sin embargo, se reservó la corona de Suecia la ciudad y comarca de Frauenburgo, y en caso de extinguirse la línea masculina del elector de Brandeburgo la sucesión legítima en aquellos dos países (3). Una consecuencia importante de

(1) Estas noticias importantes, que comunicó Lisola á su gobierno en un despacho cifrado en setiembre de 1656, arrojan nueva luz sobre el comienzo de la conspiración de la nobleza de Prusia, que se manifestó ostensiblemente cuando se trató de la soberanía del elector en la Prusia. La conspiración debió de empezar ya muchos años atrás. Pribram, pág. 201.

(2) *Notas y actas*, tomo II, pág. 110.

(3) *Documentos y actas*, tomo VIII, págs. 116 y 737.

este nuevo tratado fué que la Suecia renunció á su participación en los derechos marítimos recaudados en los puertos de Prusia en cambio de una indemnización definitiva. La política sueca todavía hizo una reserva expresa, á saber: que el elector con la soberanía no adquiriría el derecho de mantener una marina de guerra en el Báltico, si bien esta condición no está expresada en el tratado de Labiau (1). Por lo demás, renovaron ambos soberanos en el mismo tratado su alianza que calificaron de «perpétua», reservándose el elector su neutralidad en la lucha contra el moscovita; y tocante á las conquistas que ambos aliados podían hacer y conservar en la paz venidera, rebajaron algo de sus vastos planes anteriores estipulados en la alianza de Marienburgo, pues en el nuevo tratado se obligó el elector á prestar al rey Carlos Gustavo su auxilio para la adquisición de la Prusia occidental y de la Pomerelia, la Kasubia, la Livonia polaca, la Curlandia, la Samogicia y la Semigalia. Los proyectos de conquista en la Polonia central y meridional quedaron suprimidos en el nuevo tratado; y si bien el elector mantuvo su pretensión á los cuatro grandes vaivodazgos polacos ó parte de ellos, declaró en los artículos secretos del tratado que renunciaría á su pretensión si ésta fuese un obstáculo serio para la paz.

Si este tratado de Labiau significaba para la Suecia y el Brandeburgo una reducción de sus pretensiones, para el elector Federico Guillermo tuvo una importancia mayor en otro concepto. Por el momento le aseguraba el reconocimiento de su soberanía en el ducado de Prusia, solo de parte del rey de Suecia, cuyos derechos de soberanía feudal sobre la Prusia eran negados por la Polonia, y no estaban reconocidos oficialmente por ninguna potencia. Por tanto la nueva soberanía del elector era por de pronto solo un título de derecho respecto de la corona de Suecia; mas para el elector fué un resultado muy importante; porque el conquistador sueco que entonces había considerado al brandeburgués, por muy indispensable que le fuese el auxilio de éste, solo como un servidor y apéndice de su propio poder, tuvo que tratarle en adelante como un igual; y si Carlos Gustavo al principio había recibido la pretensión de la soberanía riéndose de la osadía del brandeburgués, al fin tuvo que conceder mal de su grado lo que no podía ya negar. El elector, colocado ya en el terreno de soberano de la Prusia respecto de la Suecia, esperó que también lo lograría respecto de la Polonia, y á esto dedicó en adelante sus esfuerzos.

Por lo pronto continuó la guerra llenando la Polonia con su fragor, y entonces consiguió Carlos Gustavo introducir en la lucha un nuevo aliado. El príncipe Jorge Rakoczy, de Transilvania, pasó la frontera de Polonia en enero de 1657 con un ejército abigarrado compuesto de húngaros, magyares, moldavos, valacos y cosacos, creyendo que en unión con los suecos y con los cosacos zapogosos llegaría á tiempo para llevarse en la repartición de la Polonia un buen giron del botín y acaso la misma corona polaca. Esta invasión volvió á colocar el centro de gravedad de la guerra en la Polonia meridional. Las empeazadas negociaciones de paz entre la Suecia y la Polonia fueron abandonadas, y el rey Juan Casimiro, cediendo á las instancias de sus magnates y del ejército, se dirigió desde la Prusia al nuevo teatro de la guerra. Tras él marchó Carlos Gustavo por tercera vez á la Polonia meridional, donde continuaba el valiente general Wurtz con su pequeña guarnición defendiendo á Cracovia de todos los ataques polacos.

Podemos pasar por alto el episodio de la campaña de Rakoczy, ya que el elector Federico Guillermo no estaba

(1) Pufendorf: *Cáritos Gustavo*, tomo III, párrafo 68.

obligado á tomar parte en esta empresa; pero le costó muchísimo trabajo resistir al ejército lituano que á las órdenes de Gousiewski y de Sapieha invadía el ducado y acababa de tomar la importante plaza fuerte de Ty-Koczín en la Podlaquia, á orillas del Narew, que hasta entonces había sido el baluarte de los suecos contra los lituanos. El valiente comandante sueco Rosen, después de una defensa heroica, puso fuego á la pólvora del fuerte y voló con la guarnición y la columna enemiga de asalto. Con la pérdida de esta plaza quedó el ducado de Prusia á la merced de las destructoras hordas lituanas, y pronto se vieron desde las torres de Königsberg las aldeas incendiadas que señalaban las incursiones de aquellos salvajes.

A pesar de esto cedió el elector á las instancias de Carlos Gustavo y envió á su auxilio una columna de 3,000 soldados de caballería mandados por el conde de Waldeck, el cual recibió al mismo tiempo la misión de aprovechar esta ocasión para intentar el establecimiento en la Gran Polonia del dominio pretendido por el brandeburgués.

La expedición, sin embargo, no produjo ningún resultado permanente, si bien se operó en 11 de abril de 1657 la reunión de Carlos Gustavo con Rakoczy, que se efectuó en Sandomir (2). Se tomaron algunas plazas fuertes en el centro y Sur de Polonia, que debían servir de base á Rakoczy para continuar las operaciones, pero pronto quedó patente la ineptitud de este y la insuficiencia de su fuerza armada. Por otra parte apresuró su retirada de Polonia la resolución de la corte de Viena de socorrer decididamente al rey Juan Casimiro, mientras el sultán de Constantinopla ordenaba la destitución de su vasallo de Transilvania por su conducta arbitraria. A los tres meses se vió Rakoczy obligado á regresar á toda prisa á la Transilvania para salvar á su país, lo que tampoco logró, pues que el resto de su ejército tuvo que deponer las armas.

En estas circunstancias tampoco produjo ningún resultado la campaña del cuerpo auxiliar brandeburgués. El conde de Waldeck, que había instado al elector á que confiase una vez más en la fortuna de Carlos Gustavo, tuvo mal éxito en su empresa, lo cual dió el golpe de gracia al crédito, muy conmovido ya, del antes tan influyente ministro, el cual de regreso de su expedición á Polonia se vió obligado á presentar su dimisión. El elector le nombró gobernador de Mindeu y de Ravensberg, lejos del nuevo giro que tomó la política brandeburguesa, en la cual era imposible la participación de Waldeck. Este último, genio incansable, renunció al poco tiempo su nuevo puesto y entró al servicio del rey de Suecia como general de caballería al empezar Carlos Gustavo su campaña contra Dinamarca. Mas adelante volveremos á encontrar á este personaje notable en otra situación.

En el teatro de la guerra se iba preparando un nuevo cambio, debido á tres sucesos que, en el verano del año 1657, dieron un aspecto completamente diferente á la crisis del Norte.

Uno de estos sucesos fué la muerte del emperador Fernando III, ocurrida en Viena en 2 de abril. Su hijo primogénito Fernando IV, rey de romanos y sucesor presunto de la dignidad imperial, había muerto tres años antes que su padre y no se había efectuado la elección de un nuevo rey de romanos. A la sazón debía procederse á elegir un nuevo emperador y se presentaba la gran cuestión de si la elección se haría á favor de un Habsburgo ó de otro príncipe. Entre los beligerantes en Polonia el uno era príncipe elector y

(2) Lisola refiere como testigo ocular que el rey de Suecia y Rakoczy quedaron en esta primera entrevista muy desengañados mutuamente. Pribram, pág. 277.